

CAPITULO XII

La huelga general en provincias

Hasta aquí, bosquejando las peripecias de la lucha entre el Sindicalismo y el Parlamentarismo, éste hundido ya en el abismo del no ser, ha retenido nuestra atención la acción del París revolucionario. Preciso es ahora retroceder para exponer la parte considerable que las provincias tomaron en el movimiento; porque así se explica el prestigioso éxito de la revolución.

Si la conmoción se hubiera circunscrito a la capital, suponiendo que hubiera ganado además algunas grandes ciudades, el gobierno no hubiera sido desamparado tan rápidamente; pero tuvo que luchar contra una huelga de tan vasto campo de acción, de frente tan extenso, de focos tan numerosos y tan intensos, que los medios de coerción de que disponía, resultaron ineficaces desde los primeros momentos.

Como hemos indicado, el ejército se halló numéricamente incapacitado para dominar la rebelión, y, lo que le debilitó más, falto de medios rápidos de comunicación para dirigirse a los puntos amenazados.

Cuando la matanza de los grandes bulevares colmó la cólera de París, la crisis económica se sentía en provincias lo mismo que en la capital, y las huelgas se extendían por todas partes. En tal situación, en cuanto circuló la noticia de la matanza, se produjo rabiosa efervescencia.

En las poblaciones en que los trabajadores luchaban con sus patronos, modificóse instantáneamente el carácter de esos conflictos y en seguida se proclamó la huelga general.

El movimiento no se limitó a las localidades en huelga, sino que se propagó rápidamente y, en la mayor parte de los centros en que la organización sindical había brotado con vigor, el abandono del trabajo se generalizó con ímpetu inaudito.

Las excitaciones de la Confederación y las medidas combinadas por las federaciones corporativas cayeron en terreno preparado, y no impusieron ni dirigieron, sino exaltaron y fortificaron el movimiento. El valor y la superioridad del organismo confederal no consistía

en funciones directrices, sino, más exactamente, en una facultad de impulsión y de coordinación; estaba dotado, en efecto, de una fuerza de vibración resultante de su agregado federativo, que, radiando, se ampliaba indefinidamente.

Entonces pudo apreciarse cuán superficial y exagerado era cuanto se decía acerca de disensiones y divisiones existentes en el seno de la Confederación, de que tanto se había hablado y que llegó a inspirar confianza a la burguesía. Todos los sindicatos, cualesquiera que fueran sus tendencias, los de apariencia más moderada como los más radicales, formaron bloc contra el enemigo. Todos se hallaron de acuerdo. Todas las discordias se desvanecieron, se olvidaron, y de un extremo a otro de Francia la clase obrera se levantó a la vez. En todas partes la animaban idénticos sentimientos, y una ardiente combatividad la impulsaba contra la sociedad capitalista.

Se observó también que los hombres que en la organización sindical eran reputados por su moderantismo y hubieran podido refrenar la agitación, o eran empujados por la corriente revolucionaria y se ponían a la altura del movimiento, o, si continuaban invariables sin amoldarse a los acontecimientos, perdían toda influencia.

Por todas partes se propagó la huelga con

el mismo ardor y la misma fuerza impulsiva que en París. Hasta se dió el caso que ciertas corporaciones que gozaban fama de sensatas y positivistas, de las que se pensaba que no abandonarían el trabajo sin haberlo decidido previamente por referendum, prescindieron de todo formalismo reglamentario y se lanzaron a la huelga con gran entusiasmo.

En los países mineros y en las regiones metalúrgicas, la cesación del trabajo se efectuó bruscamente con prodigiosa instantaneidad. En vista de situación tan peligrosa, los capitalistas reclamaron la protección de la fuerza armada con urgente insistencia: tenían miedo; temían la explosión de los odios que se habían atraído, causados por las durísimas condiciones impuestas a los obreros por los «comités» y los «contadores de venta» representantes de los trusts industriales; particularmente los directores de compañías y de fábricas, y los jefes y capataces temían las venganzas...

En los primeros momentos, el gobierno satisfizo lo mejor que pudo los pedidos de tropas, distribuyendo los soldados en los centros más amenazados; pero la demanda fué aumentando de modo que pronto no supo dónde acudir: se le pedía protección para la cuenca minera del Este, del Norte, del Centro, del Saona y

Loira, del Aveyron, del Gard, etc.; también las regiones textiles, los centros de cerámica, de mecánica y de muchas otras industrias, y también de las regiones agrícolas... De todas partes, de todos los puntos del territorio le llegaban a la vez apremiantes reclamaciones.

El gobierno había de cuidar de los ferrocarriles y también de las líneas telegráficas y telefónicas, para conservar las relaciones y la circulación.

En los centros donde dominaba la huelga se necesitaban soldados para vigilar los monumentos, y también para que sirvieran de esquirols suplantando a los huelguistas en ciertos trabajos esenciales; pero ¿de dónde sacaría soldados para tantas exigencias? A lo menos se necesitaban tantos como postes telegráficos, señales carrilanas, mojones kilométricos, puentes, túneles... y para todo ello ni con el ejército de Jerges habría suficiente.

A tal punto habían llegado las cosas, que excepto en París, donde se habían concentrado tropas en número imponente, en todas partes estaba el ejército tan diseminado, que se hallaba incapacitado de hacer frente a una banda de huelguistas medianamente armados y dispuestos a batirse.

Verdad es que hubo comarcas indemnes de

huelga, pero el trastorno no dejó de producirse en ellas. Poco importa que en una población de tercero o cuarto orden pudiera continuar el servicio local de correos, si ferrocarriles y telégrafos estaban inmovilizados.

También, respecto de ferrocarriles, hubo estaciones sin huelga, pero también sin trenes, porque los empleados huelguistas de otras estaciones habían trabado las agujas y puesto los discos en señal de paro. En tales condiciones, si se lanzó algún tren al azar, con personal de circunstancias, caminó a velocidad de carreta.

Cuando estalló la huelga general, la rebeldía era latente, más desarrollada en provincias que en París, como se había observado en distintas ocasiones; de donde resultó que en muchos puntos la aceleración del movimiento fué más rápido: muy pronto se efectuó la evolución, y la huelga, al principio de solidaridad y de protesta, se transformó en huelga insurreccional.

En las grandes ciudades, capitales de departamento y residencia de las autoridades, la huelga pasó por fases, que en pequeño y con variaciones de intensidad, reproducían el proceso revolucionario de París. A un período de expectativa, limitado a la suspensión del

trabajo y de la vida industrial y comercial, sucedió el período de acción ofensiva: los huelga-generalistas ocuparon los centros de la acción gubernamental y dieron caza a los representantes del Estado.

La revolución se iniciaba con gran potencia a causa de que luchaba con autoridades sumergidas en la inercia por falta de órdenes. Los funcionarios del gobierno, acostumbrados a la obediencia, no se atrevían a moverse sin instrucciones ni mandatos. No los recibían, pues permanecían a la expectativa: ¡esperaban! De ese modo, la centralización, mecanismo preciso y maravilloso en tiempo normal, que permite ejecutar de un cabo a otro de la nación a la misma hora, a todos los gobernadores, la misma acción, quedaba casi inutilizado en período revolucionario.

El principal objetivo de los insurrectos consistía en inutilizar al ejército. En las ciudades de guarnición, que en su mayoría carecían de tropas por haber sido dirigidas a los centros de aglomeración industrial, el primer cuidado fué apoderarse de los oficiales superiores; medida sencillamente provisional, para inmovilizarlos. Unos cuantos hombres decididos bastaban para realizar la operación. Hecho esto, los soldados se dejaban fácilmente convencer,

desarmar y licenciar. A continuación, los revolucionarios, como previsores, se armaban.

Hubo variantes en la desorganización de las tropas: se dió el caso de que un destacamento enviado a un punto amenazado, fué rodeado por la multitud obrera, que le impedía el paso, reprochando a los soldados su obediencia pasiva y suplicándoles no olvidaran que eran hermanos de aquellos a quienes iban a combatir y reprimir. Las mujeres, sobre todo, tenían una audacia admirable: se precipitaban a la brida de los caballos de los jefes; cerraban el paso a los soldados, clamando con heroico empeño: «Matadnos o no pasaréis!... » Aquellas escenas de noble y épico delirio, acababan por desmoralizar las tropas, que marchaban contra su voluntad; apenas resistían, se dejaban arrancar los fusiles de las manos, se indisciplinaban, se desbandaban.

En ciertas regiones de industrias únicas, de minas, de altos hornos, de fábricas gigantescas, los trabajadores se hallaban dispuestos hacía tiempo a los acontecimientos actuales; los esperaban, acechaban con impaciencia su presentación. Para no hallarse desprevenidos, se habían procurado armas, principalmente fusiles de guerra desechados, y bajo la forma de sociedades gimnásticas, se habían familiarizado con su manejo.

Desde el momento de la declaración de la huelga pasaron, sin vacilaciones ni términos medios a la ofensiva, y tomaron francamente posesión del país. Los patronos, los directores y los capataces, todos los que habían merecido la execración obrera, huyeron apresuradamente, no sin que alguno cayera bajo el peso de la cólera popular tanto tiempo comprimida.

Cuando el ejército llegó a aquellos países insurrectos, fué recibido por una población decidida a defenderse, superior en número y que no carecía de armas. Los huelguistas se hallaban dispuestos a la batalla; pero preferían evitarla obrando sobre los soldados por la persuasión y la amabilidad, y al efecto les acogieron con simpatía y les exhortaron a pactar fraternalmente.

Como el ejército estaba retenido en la obediencia pasiva principalmente por el temor de los castigos, su disgregación era un problema psicológico, y el contagio del ejemplo había de desvanecer todas sus indecisiones. Cuando diferentes cuerpos de tropas, en diversos puntos, se pasaron al pueblo, la noticia circuló rápidamente, a pesar de la falta de comunicaciones, y unos después de otros, impulsados por el ejemplo de la defección, los regimientos depositaron las armas.

En las regiones puramente industriales, donde

toda la fuerza capitalista y autoritaria quedó aniquilada, los trabajadores no se dieron por satisfechos con su victoria; no olvidaron el deber de solidaridad, y se apresuraron a ayudar a los compañeros en lucha, lanzándose falanges de revolucionarios de aquellos hormigueros humanos en dirección de las ciudades inmediatas donde su asistencia pudiera ser útil.

Espectáculo impresionante ofrecían aquellas bandas populares, que marchaban cantando himnos a la libertad. Su grandeza sublime hacía pensar en legiones de escapados del infierno del Dante corriendo al asalto del paraíso.

A su paso por villas y aldeas, los campesinos les acogían con entusiasta fraternidad. Hasta ellos había llegado la idea emancipadora, y aclamaban a los rebeldes ofreciéndoles hospitalidad.

La llegada a la ciudad término de la expedición, se efectuaba en medio de la efusión entusiasta de una multitud en ebullición, que celebraba con delirante alegría las manifestaciones de las delegaciones sindicales, que exaltaban a los timoratos y aterraban de miedo a los enemigos de la revolución.